

# 3

## Personaje de Relieve



### **Semblanza de Monseñor Jorge García Isaza, C.M. 1928-2016**

Mario García Isaza, C.M.

Acabo de vivir, durante casi dos interminables semanas, y en entrañable unión con todos mis hermanos, una experiencia de dolor y de fe, de amor y de solidaridad, de terrible impotencia ante el irreprimible avance de lo que se viene, de intensa y nítida percepción del sentido de la vida y de la muerte, de admiración ante lo que decían no solo las palabras sino sobre todo las actitudes de un hombre que tenía conciencia de estar viviendo su pascua; palabras y actitudes que nos estremecían por lo que eran en sí mismas y porque procedían de alguien que era nuestro hermano. Acabo de vivir la prolongada agonía de Jorge, y su paso a la casa del Padre.

Y esa experiencia culminó con una celebración exequial que jamás olvidaremos; una auténtica fiesta pascual, en la que la tristeza se expresaba con gritos de resurrección; en la que se imponía, con la austera y bellísima liturgia, la certeza incommovible de que la muerte no es, para quienes creemos, un final sino un principio, no un salto en el vacío sino un paso a la verdadera vida, no un túnel sin salida sino una puerta que se abre, no un partir sino un llegar.

Gracias, gracias mil, a todos los que, en un auténtico plebiscito de caritativa solidaridad con nosotros, nos acompañaron en esta honda vivencia. De verdad que pudimos sentir que estaba con nosotros la Iglesia, que estaba la Congregación y toda la Familia Vicentina, que estaban los pobres, que estaban los amigos, que estaban todos aquellos entre quienes mi hermano supo repartir siempre alegría, bondad, cariño.

Al pensar en trazar una semblanza de Jorge, he pensado: ¡qué difícil y...qué fácil! Qué difícil, porque unas líneas no podrán jamás expresar con suficiencia una vida tan rica, tan hermosa, tan polifacética, tan admirable como fue la suya. Qué fácil, porque son tantos los recuerdos, tantas las cosas maravillosas que de él sabemos, que basta dejar que la memoria fluya, y que esos recuerdos salgan a flote.

Permítaseme marcar algunas fechas que, en mi concepto, constituyen hitos en su historia personal. Dejando, por menos relevantes, muchas otras.

2 de julio de 1928: llegó, como el cuarto retoño de una familia bendecida y admirable.

7 de julio de 1928: nació a la vida sobrenatural por el Bautismo

15 de agosto de 1934: por vez primera recibió en su corazón a ese Jesús a quien ya amaba y amaría por el resto de la vida.

15 de septiembre de 1940: ingresó a la Apostólica, y emprendió así el camino marcado por las huellas de San Vicente; y nos mostró a sus hermanos un sendero; porque, quién podría dudarlo, siguiéndolo a él escogimos después el mismo camino Alberto, Octavio, Germán, Samuel y yo; Octavio, a poco andar, descubrió que no era ese su rumbo, y se hizo médico.

14 de febrero de 1954: se hizo sacerdote, por imposición de manos de Monseñor Tulio Botero Salazar C.M. Mis padres y todos nosotros vivimos el acontecimiento casi arrobados de emoción.

5 de mayo de 1989: nombrado por el Papa Juan Pablo II, reemplazó a Germán como Prefecto Apostólico de Tierradentro.

17 de febrero de 2000: se convirtió en el primer Vicario Apostólico de la misma jurisdicción.

26 de marzo de 2000: recibió la Ordenación episcopal; oficiaba como Ordenante principal el mismo Germán, entonces primer Obispo de Caldas. Caso bien especial, no sé si único en la Iglesia: el que un hermano menor imparta la ordenación episcopal a un hermano mayor que él...

25 de abril de 2003: la Santa Sede le aceptó la renuncia, presentada por él al cumplir la edad indicada por el Derecho. Entonces, para consuelo y edificación de todos nosotros, él tomó como tarea el acompañar y cuidar a mamá, ya centenaria. Cumplida, con esmero y eficacia indecibles, esa tarea filial, en gesto paradigmático de humildad y amor a la Compañía, se puso a disposición de los Superiores, y se hizo cargo de los servicios que ellos le señalaran.

14 de diciembre de 2015: un infarto cardíaco inició lo que fue la recta final de su parábola vital, que terminó con su llegada al Reino el pasado martes, 16 de agosto.

Dentro de esas fechas, jalonada y enriquecida por hechos, vivencias, realizaciones, virtudes, transcurrió una vida familiar, vicentina, sacerdotal y misionera de enorme riqueza. Fueron variados los ministerios que desempeñó, y en todos ellos puso al servicio de la Iglesia, de la Congregación, de los pobres, el acervo de sus capacidades, de su creatividad, de su celo apostólico.

Como persona, Jorge tenía unos valores extraordinarios. Yo podría destacar, - otros recordarán aspectos distintos de su personalidad – tres virtudes humanas relevantes en él: su bondad, su alegría, y su generosidad. Era un hombre bondadoso; pese a que, creo, su temperamento era naturalmente impulsivo y de reacciones vivas, repartía bondad, era profundamente respetuoso, atraía, inspiraba confianza; las manifestaciones de pesar por su fallecimiento, que han sido de verdad numerosísimas y venidas de toda clase de personas, y muy especialmente de los humildes, no son otra cosa que el resultado de la bondad que él sembró siempre y a manos llenas.

Si algo, en lo humano, distinguió a Jorge fue su alegría. Una alegría contagiosa; que ponía un toque de placidez y de euforia hasta en los momentos más tensos. Sus gracejos fáciles, su capacidad para ponerle una pisca de sal a toda circunstancia, sus ocurrencias, su facilidad para reírse hasta de sí mismo, eran proverbiales. Hasta a las cosas que para otros tenían tintes de trágicas o de preocupantes, sabía quitarles ese carácter con un chispazo. Cuando se repuso del infarto que sufrió en diciembre, lo comentaba así: llegué hasta las puertas del cielo, pero me rechazaron.. por feo ! Y ya entrado en su largo proceso de agonía, en un momento de lucidez, ante mi pregunta: ¿dormiste bien? , esta fue su respuesta: claro, cerré el ojo izquierdo, y al derecho le dio envidia....En las reuniones familiares, en las que, por herencia de papá, reinaba siempre un clima de fiesta y alegría, Jorge era el que con más facilidad se prestaba para cuanto sirviera de aliciente a la risa y el jolgorio.

Su generosidad no tenía límites. Muchísimas personas fueron beneficiarias de su largueza. Jorge no tenía nada para sí; lo suyo era de todos, era de quien lo necesitara. Desde que, como Prefecto y luego Obispo, tuvo posibilidad de invertir lo suyo a su arbitrio, familiares necesitados, empleados, hogares pobres, estudiantes, en forma que nosotros apenas lográbamos adivinar, se beneficiaron de su largueza. No podía enterarse de que alguien tuviese una necesidad sin tratar de inmediato de alargarle la mano. No consentía que uno careciera de algo.

Muchísimas cosas podrían decirse de sus virtudes sacerdotales y vicentinas. Celoso y abnegado para el trabajo, se gastaba sin tasa. Nosotros, especialmente en el último período de su vida, lo regañábamos porque, aun siendo consciente de sus limitaciones, no se negaba jamás al ser solicitado para un servicio pastoral, e incurría en demasías que perjudicaban su salud; comentábamos entre nosotros: en su léxico no existe el no. Yo viví con él la tremenda experiencia de acompañar a la comunidad de Tierradentro después de la espantosa tragedia del año 94; durante los años que siguieron,

Jorge se entregó a la tarea de reconstruir humana, social, espiritual y materialmente la entonces Prefectura, con un desvelo, con una abnegación, con una capacidad de iniciativa, que tal vez nadie reconoció jamás y sin las cuales posiblemente la recuperación de esa comunidad no hubiera sido como fue; no hay que olvidar que era integrante de la corporación Nasa Quiwe establecida por el gobierno nacional para ese propósito; y me consta que en ese organismo jugó un papel orientador y protagónico. Jamás se borrarán de mi memoria sus lágrimas, sus palabras, su actitud, - era al mismo tiempo hermano y pastor - el día 7 de junio ya casi al anochecer, cuando en el primer helicóptero de rescate llegó al lugar en que yo estaba con los alumnos del seminario indígena y con el numeroso grupo de indígenas que habían quedado vivos tras la destrucción de Irlanda; trabajo me costó convencerlo de que nos dejara, que nosotros esperaríamos a ser rescatados al día siguiente, o cuando fuera posible, pero que él se regresara; solamente cuando le dije: a ti te necesitan más en Belalcázar, tu deber está allí, aceptó dejarnos.

Y su celo pastoral era valiente; valiente para decir lo que fuera preciso con caritativa claridad, y valiente para arrostrar los riesgos que su deber pudiera entrañar; por algún tiempo tuvo que ocuparse de los asuntos de la Prefectura desde la población de La Plata, a lo que accedió solamente porque el ejército nacional se lo pidió, al conocer las amenazas y planes asesinos que existían contra él y que provenían de las FARC. Y era, además, un celo pastoral reciamente nutrido en la doctrina de la Iglesia, fielmente apoyado en la adhesión y fidelidad al Magisterio. Sin duda uno de los períodos más ricos y fructuosos de su ministerio sacerdotal fue el que vivió como párroco en Medellín. Monseñor Tulio Botero Salazar pidió a la comunidad hacerse cargo de una parroquia en un barrio marginado de esa capital. Se fundó, entonces, la parroquia de San Vicente, en el barrio Córdoba. Allí desplegó Jorge no solamente su generosa entrega al servicio de la comunidad, sino su visión inteligente y ejecutiva para llevar a la práctica, en la vida parroquial, las orientaciones del Vaticano II. Gracias a su trabajo, secundado de manera eficaz por

otros cohermanos (José Manuel Segura, Álvaro Quevedo y otros) aquella llegó a ser, de verdad, una parroquia “piloto” en Colombia. Allí se hicieron realidad los lineamientos del Concilio en materia de participación de los laicos, de renovación litúrgica, de organización de grupos apostólicos. Llegó a ser la parroquia que visitaban muchos sacerdotes para ver un modelo y aprender. Se constituyó en un verdadero laboratorio pastoral. Tuvo, además, esa comunidad parroquial, una característica que la hizo ricamente vicentina: de ella hacía parte un grupo profundamente marginado, un sector tugurial, al que Jorge se acercó con el espíritu de San Vicente y en cuya promoción trabajó con fuerza; el Arzobispo llamaba al párroco, cariñosa y significativamente, “fray tugurios”...

La sencillez y austeridad de su vida corrían parejas con su piedad. Jamás búsqueda de pompas o de superfluidades. Difícil encontrar un obispo que, al morir, haya dejado unos haberes como los que dejó mi hermano; prácticamente nada.

Su amor a la Congregación era profundo, era entrañable; y se expresaba de mil modos. Más que todo lo que pudiera decirse al respecto, lo muestra su gesto paradigmático, - no sé si se haya dado algún otro caso - de regresar a la comunidad apenas terminado su servicio episcopal y cumplido su deber filial para con mamá, y ponerse a disposición incondicional de los superiores. Un amor que se expresaba en su irrestricta obediencia; no fueron fáciles los encargos que la Provincia le confió; fue consejero y Asistente provincial en el gobierno del P. Luis A. Mojica, fue formador, fue encargado de misiones parroquiales de características harto difíciles; su trabajo en Bolivia, la misión de Montería, entre otros, fueron experiencias duras y complejas; y él las recordaba con alegría. En sus últimos meses aceptó con una humildad ejemplar decisiones de los superiores que le dolían profundamente. Y - hay algunos documentos suyos que lo muestran - vivía hondamente preocupado por el presente y el futuro de la Congregación y de la Provincia; le dolía, especialmente, la pérdida o abandono de las misiones populares. En más de una

oportunidad tuve ocasión de dialogar largamente con él y de conocer sus inquietudes. Me impresionó, dos o tres días antes de su muerte, cuando hablaba ya delirando y sin coherencia, oírle repetir durante muchos minutos: “el seminario...los seminarios...están en el seminario pero no son del seminario....” Yo me preguntaba, y sigo preguntándome: en su delirio, ¿qué preocupación de orden pastoral, sacerdotal y vicentina estaría pasando por su mente exhausta, relacionada con la formación?

Fue un hombre de fe. De una fe que no se quedaba en palabras, sino que informaba todo su ser y su actuar. Nos edificaron sus actitudes y sus palabras, que expresaban un total abandono en las manos de Dios, durante los largos y dolorosos días de su enfermedad final. Todo podría sintetizarse en un episodio que para nosotros, sus siete hermanos, que lo acompañábamos, fue estremecedoramente angustiante; cuando la combinación de graves complicaciones cardíacas, renales y pulmonares condujo a una situación de extrema gravedad en su estado de salud, nos vimos abocados a la sugerencia de uno de los médicos que aconsejaba un procedimiento de entubación, de cirugía de corazón abierto o de diálisis; lo primero equivalía a prolongar de modo prácticamente artificial su vida; lo segundo, por una parte entrañaba un riesgo casi seguro de muerte; los otros médicos nos aseguraban que, en sus condiciones, Jorge no soportaría una intervención quirúrgica, que eran mínimas las posibilidades de que sobreviviera; lo tercero, no sólo era casi tan riesgoso como la cirugía, dadas las condiciones de su corazón, sino que, en caso de sobrevivir, significaría que en el tiempo que le quedara tendría que someterse tres veces por semana a cuatro horas de diálisis y a vivir dependiente de una pipa de oxígeno. Ante la necesidad de tomar una decisión, estando todos nosotros frente a su lecho y en presencia del médico, Jorge, lúcido todavía, nos dijo categóricamente: miren, yo le aprendí a San Vicente que la voluntad de Dios, en la enfermedad, se expresa a través del médico. Yo acepto con absoluta tranquilidad y como querer del Señor lo que los médicos decidan.

Jorge, mi querido hermano, - lo dije al agradecer a quienes nos acompañaron en su funeral, y lo repito ahora – fue un hombre justo, en el pleno y hermoso sentido que el término tiene en el lenguaje bíblico.

Todo lo que estos renglones contienen no es sino una pequeña muestra de lo que de Jorge pudiera decirse o escribirse. Me ha brotado del corazón; he tratado de que no sea fruto tal vez poco objetivo de mi afecto. Lo comparto con cariño con mi familia y con mis hermanos de comunidad, como un pequeño homenaje.